

Curtis Sittenfeld

Una perfecta educación

Traducción del inglés
de Virginia Maza

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

1 Ladronas	11
2 Fuera del colegio también hay que seguir las normas	53
3 Asesinatos	88
4 Críptica	148
5 Fin de semana en familia	208
6 Pueblerino	254
7 Desbroce	300
8 Besos y más besos	344
<i>Agradecimientos</i>	483

*Para mis padres, Paul y Betsy Sittenfeld;
mis hermanas, Tiernan y Josephine, y mi hermano, P. G.*

Ladronas

Otoño de primero

Creo que todo, o al menos todo lo que me sucedió a mí, comenzó con el malentendido de la arquitectura romana. A primera hora tenía clase de historia antigua, nada más terminar la capilla¹ de la mañana y el pase de lista, que a pesar del nombre no era un pase de lista en sí, sino una especie de asamblea para dar avisos. Nos reunían en una sala enorme con ventanas venecianas de seis metros de altura, filas y más filas de pupitres con el tablero abatible — que podías levantar para meter los libros dentro— y paredes cubiertas con paneles de madera de caoba en los que estaban grabados los nombres de todos los que se habían graduado en el colegio —había un panel para cada promoción desde la fundación de Ault, en 1882—. Los dos delegados de último curso² dirigían el pase

¹ La denominada *morning chapel* es una reunión habitual en los colegios privados religiosos estadounidenses inspirada en la tradición anglicana. Cada día, antes de las clases, los profesores y los alumnos se reúnen para reflexionar sobre el día, debatir y cantar. Es un momento de encuentro espiritual y personal para la comunidad del colegio. (*Todas las notas son de la traductora*).

² Ault es un internado privado de enseñanza secundaria que cubre, coincidiendo con lo que sería un *high school* en el sistema educativo estadounidense, los cuatro últimos cursos previos a la universidad, que corresponden a los

de lista y, junto a una mesa en lo alto de la tarima, iban diciendo los nombres de los que se habían apuntado para decir algo. Los de primero y segundo nos sentábamos en pupitres por orden alfabético, el mío quedaba cerca de la tarima, así que, como mientras esperábamos no hablaba con los compañeros que se sentaban cerca, me dedicaba a escuchar lo que hablaban los delegados con los profesores, con otros alumnos o entre ellos. Los delegados se llamaban Henry Thorpe y Gates Medkowski. Yo solo llevaba cuatro semanas en el colegio, así que no sabía mucho sobre Ault, pero sí sabía que Gates era la primera chica de su historia en haber sido elegida delegada.

Los avisos de los profesores eran escuetos y directos: «Recuerden que deben entregar los formularios para solicitar tutor antes del jueves a mediodía». Los avisos de los alumnos eran prolijos (cuanto más durase el pase de lista, más corta sería la primera clase) e iban cargados de dobles sentidos: «Hoy, el entrenamiento de fútbol de los chicos va a ser en el campo de Coates Field. Por si no lo sabéis, queda justo detrás de la casa del director y si tampoco sabéis dónde está eso, preguntadle a Fred. Fred, ¿dónde estás? ¿Qué tal si levantas la mano, hombre? Ahí está Fred. ¿Podéis verlo todos? Vale, pues ya está, Coates Field. Ah, y recordad: hacen falta pelotas».

Cuando terminaban los avisos, Henry o Gates pulsaban un botón que había en un lado de la mesa, una especie de timbre, empezaba a sonar la campana por el edificio y nos marchábamos todos a clase de mala gana. En historia antigua teníamos que hacer presentaciones sobre diversos temas, y a mí me tocaba ese día. Había fotocopiado unas imágenes del Coliseo, del Panteón y de las Termas de Diocleciano de un libro de la biblioteca; las había pegado en una lámina de cartulina y había perfilado los bordes con rotulador de color verde y amarillo. La noche de antes estu-

grados noveno a duodécimo de la escala global. Los alumnos de cada uno de estos cursos reciben un nombre característico: *freshman*, *sophomore*, *junior* y *senior*. Aquí se referirá a ellos como alumnos de primero a cuarto, según los cursos que se imparten en el internado.

ve practicando lo que iba a decir ante el espejo de los baños de mi residencia, hasta que entró alguien, hice como que me estaba lavando las manos y me marché.

Iba la tercera, y justo antes que yo hablaba Jamie Lorison. La señora Van der Hoef había colocado un atril frente a la clase y Jamie estaba tras él, con unas fichas en las manos.

—Un auténtico testimonio de la genialidad de los arquitectos romanos —comenzó diciendo— es que muchos de los edificios que diseñaron hace más de dos mil años siguen todavía en pie, para que el hombre moderno pueda seguir visitándolos y disfrutando de ellos.

Se me puso el corazón en la garganta. Era yo quien tenía que hablar sobre la genialidad de los arquitectos romanos, no Jamie. Pero siguió hablando y yo no conseguía enterarme de nada, aunque me sonaban algunas frases: «... construyeron acueductos para transportar agua... el Coliseo, que se llamaba en realidad Anfiteatro Flavio...».

La señora Van der Hoef estaba a mi izquierda, me incliné hacia ella.

—Disculpe —le susurré.

Al parecer, no me había oído.

—¿Señora Van der Hoef?

Entonces, con un gesto que luego me parecería demasiado humillante, extendí la mano para tocarle el antebrazo. Llevaba un vestido de seda granate con cuello y un cinturón de piel del mismo color, y, aunque solo rocé la seda con los dedos, ella se echó atrás como si le hubiera dado un pellizco. Me lanzó una mirada fulminante, sacudió la cabeza y se apartó unos pasos.

—Me gustaría repartir algunas imágenes —le oí decir a Jamie, y levantó una pila de libros del suelo. Cuando los abrió, vi imágenes en color de los mismos edificios que yo había fotocopiado en blanco y negro y había pegado en una cartulina.

Luego terminó la presentación. Hasta ese día no había sentido nada hacia Jamie Lorison, un chico delgado y pelirrojo que hacía ruido al respirar, pero, al verlo sentarse, con una relajada expresión de alegría en la cara, lo odié.

—Lee Fiora, creo que es usted la siguiente —dijo la señora Van der Hoef.

—Verá, pasa algo —empecé a decir—, creo que hay un problema.

Noté que mis compañeros me miraban cada vez más interesados. Ault se enorgullecía, entre otras cosas, por su ratio de alumnos por profesor, así que solo éramos doce en clase, pero, al mirarme fijamente todos a la vez, aquel número no parecía pequeño ni mucho menos.

—No puedo hacer la presentación —dije por fin.

—¿Disculpe?

La señora Van der Hoef era una mujer de cincuenta y muchos, alta, delgada y de nariz aguileña. Se rumoreaba que era la viuda de un famoso arqueólogo, aunque yo nunca había oído de ninguno que fuera famoso.

—Verá, mi presentación es... es decir, que iba a ser... Yo creía que tenía que hablar sobre... pero es que, como Jamie...

—No se le entiende, señorita Fiora —dijo la señora Van der Hoef—. Intente explicarse mejor.

—Si hago la presentación, voy a decir lo mismo que Jamie.

—Pero su presentación es sobre otro tema.

—Bueno, la verdad es que yo también iba a hablar sobre arquitectura.

Se acercó a su mesa y pasó el dedo por una hoja de papel. Yo había estado mirándola mientras hablábamos, así que, cuando me dio la espalda, no sabía adónde dirigir los ojos. Mis compañeros seguían observando. En lo que llevaba de curso, solo había hablado en clase cuando me habían preguntado, lo que no pasaba muy a menudo: en Ault todos estaban deseando participar. En mi instituto de South Bend, en Indiana, muchas clases habían acabado siendo una especie de conversación privada entre el profesor y yo, mientras los demás alumnos soñaban despiertos o garabateaban cualquier cosa. Aquí, sin embargo, haberme leído el tema no me hacía destacar. De hecho, nada me hacía destacar. Nunca había hablado tanto como ahora desde que llegué y me estaba comportando como un bicho raro sin demasiadas luces.

—Su trabajo no es sobre arquitectura —dijo la señora Van der Hoef—. Nos tenía que hablar sobre atletismo.

—¿Atletismo? —repetí.

Ni en sueños me habría ofrecido para hacer ese tema.

Me plantó la hoja de papel delante y allí estaba mi nombre «Lee Fiora: atletismo» con su letra, justo debajo de «James Lorison: arquitectura». Para elegir los temas, habíamos ido levantando la mano; estaba claro que me había entendido mal.

—Podría hablar sobre atletismo —dije vacilante—. Mañana, si eso.

—¿Sugiere acaso que los alumnos que presentan mañana sus temas dispongan de menos tiempo para dárselo a usted?

—No no, claro que no. Igual otro día, o igual... Puedo hacerlo cuando sea. Pero hoy no. Hoy solo podría hablar sobre arquitectura.

—Entonces, hablará sobre arquitectura. Diríjase al atril.

La miré con los ojos abiertos de par en par.

—Pero Jamie acaba de hablar de lo mismo.

—Señorita Fiora, está haciéndome perder el tiempo.

Me levanté, cogí el cuaderno y la cartulina, y me dije que venir a Ault había sido un error garrafal. Nunca haría amigos; lo más que podía esperar era que mis compañeros se compadecieran de mí. Siempre había estado claro que no era como ellos, pero había imaginado que podría pasar un tiempo desapercibida para conocerlos y luego reinventarme a su imagen y semejanza. Ahora, me habían descubierto.

Me agarré al atril con las dos manos y miré hacia mis notas.

—Uno de los ejemplos más célebres de la arquitectura romana es el Coliseo —empecé a decir—. Los historiadores creen que el Coliseo se llamó así por una enorme estatua, el Coloso de Nerón, que había cerca.

Levanté la vista. Las caras de mis compañeros no eran agradables ni desagradables, ni simpáticas ni antipáticas, ni atentas ni aburridas.

—En el Coliseo se celebraban los espectáculos que ofrecían el emperador u otros nobles. El más famoso de estos espectáculos

era... —Me interrumpí. Desde niña, sé cuándo voy a echarme a llorar porque la mandíbula empieza a temblarme, y había comenzado a hacerlo. Pero no iba a ponerme a llorar delante de extraños—. Perdón —dije, y salí de clase.

Había un baño de chicas al otro lado del pasillo, pero si hubiera entrado allí me habrían encontrado enseguida. Corrí hacia las escaleras, bajé a toda prisa hasta la primera planta y salí por una puerta lateral. Fuera, el día era fresco y soleado, y con casi todo el mundo en clase daba gusto estar en el campus vacío. Eché a correr hacia mi residencia. ¿Y si me marchaba? Haría dedo hasta Boston, allí cogería un autobús y volvería a casa, en Indiana. El otoño en el Medio Oeste sería bonito, pero no para volverse loco —nada que ver con Nueva Inglaterra, donde decían «follaje» en lugar de «hojas»—. Allí en South Bend, mis hermanos pequeños se pasarían las tardes jugando al fútbol en el patio de atrás y llegarían a cenar oliendo fuerte a sudor; habrían decidido de qué disfrazarse para Halloween y, cuando mi padre tallara la calabaza, levantaría el cuchillo por encima de la cabeza y avanzaría tambaleándose hacia mis hermanos con cara de loco, ellos saldrían gritando hacia la otra habitación y mi madre diría «Terry, deja de asustarlos».

Llegué al patio. La residencia de Broussard era una de las ocho que había en el lado este del campus: cuatro residencias de chicos y cuatro de chicas dispuestas alrededor de una plazoleta con algunos bancos de piedra en el medio. Al mirar por la ventana de la habitación solía ver a parejas en los bancos, el chico sentado con las piernas abiertas y la chica de pie entre ellas; quizá ella apoyaría las manos un instante en sus hombros, luego se echaría a reír y las apartaría. Ahora solo estaba ocupado uno de los bancos. Había una chica con botas camperas y falda larga tumbada bocarriba, con una rodilla doblada y un brazo echado sobre los ojos.

Al pasar por delante de ella, levantó el brazo. Era Gates Medkowski.

—Hola —dijo.

Estuvimos a punto de mirarnos a los ojos, pero no sucedió.

Eso me hizo dudar de si se dirigía a mí, una inseguridad que solía sentir cuando alguien me hablaba. Seguí andando.

—Hola —repitió—. ¿Con quién crees que estoy hablando? Aquí no hay nadie más.

El tono era amable. No me estaba vacilando.

—Perdona —le dije.

—¿Eres de primero?

Asentí.

—¿Vas a tu residencia?

Volví a asentir.

—Supongo que no lo sabes, pero no puedes ir a la residencia en horario de clases. —Dejó caer las piernas para incorporarse—. Nadie puede. Por motivos arcanos que ni siquiera me molestó en averiguar. Los de último curso podemos estar por ahí, pero «por ahí» es por fuera, en la biblioteca o en la sala del correo. Es de coña.

No dije nada.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —respondí, y rompí a llorar.

—Ay, vaya —dijo Gates—. No te disgustes. Ven, siéntate.

Dio unos golpecitos sobre el banco a su lado; entonces, se puso en pie, se acercó a mí, me pasó el brazo por la espalda (se me sacudían los hombros) y me llevó hasta el banco. Una vez sentadas, me entregó un pañuelo azul que olía a incienso; a pesar de estar empañada en lágrimas, me llamó la atención que llevara algo como eso. No me atreví a sonarme la nariz (para no manchar su pañuelo con mis mocos), pero era como si me goteara toda la cara.

—¿Cómo te llamas? —dijo.

—Lee —solté en voz alta y entrecortada.

—Y bien, ¿qué te pasa? ¿Por qué no estás en clase o en la sala de estudio?

—No me pasa nada.

Se echó a reír.

—No sé por qué, pero me cuesta creerte.

Le conté lo que había pasado.

—A Van der Hoef le gusta hacerse la arpía —me dijo—. Vete

a saber por qué. Igual tiene la menopausia. Pero en realidad suele ser bastante simpática.

—Creo que no le caigo bien.

—Bah, no le des más vueltas. El curso no ha hecho más que empezar. Para noviembre se le habrá olvidado todo.

—Pero he salido corriendo a mitad de clase —dije.

Gates hizo el gesto de apartar el asunto con la mano.

—No pienses más en eso —respondió—. Aquí los profesores han visto de todo. Creemos que somos piezas únicas, pero a sus ojos nos fundimos todos en una masa informe de adolescentes con algún tipo de carencia. ¿Sabes a qué me refiero?

Asentí, aunque estaba convencida de que no tenía ni idea; nunca había oído hablar así a alguien de una edad parecida a la mía.

—Ault puede ser duro —dijo—. Sobre todo, al principio.

Al oírlo, noté que las lágrimas volvían a caerme a borbotones. Me comprendía muy bien. Pestañeeé varias veces.

—Nos pasa a todos —añadió.

La miré y, al hacerlo, me di cuenta de lo atractiva que era. No es que fuera guapa, era deslumbrante, hermosa a su manera. Medía casi uno ochenta y tenía la piel clara, facciones delicadas, los ojos de un azul tan clarito que parecía gris y una tupida melena de abundante pelo castaño claro, recio y a capas; y, donde le daba la luz del sol, tenía reflejos dorados. Mientras hablábamos, se lo había recogido en un moño alto y flojo, y unos mechones cortos le caían por la cara. Yo tardaba por lo menos quince minutos de complicadas operaciones delante del espejo en hacerme un moño con un despeinado tan perfecto. Pero todo lo que tenía que ver con Gates parecía sencillo.

—Soy de Idaho, cuando llegué aquí era una auténtica paleta —iba diciendo—. Casi vengo en tractor.

—Yo soy de Indiana.

—Entonces debes de molar mucho más que yo; para empezar, Indiana está más cerca de la Costa Este que Idaho.

—Pero los de por aquí han estado en Idaho. Van a esquiar.

Lo sabía porque en la mesa de Dede Schwartz, una de las dos

chicas con las que compartía habitación, había una foto enmarcada de su familia a los pies de una ladera cubierta de nieve, con gafas de sol y bastones en la mano. Le pregunté dónde se la habían hecho y ella me respondió que en Sun Valley; lo busqué en el atlas y descubrí que estaba en Idaho.

—Es verdad —dijo Gates—. Pero yo no soy de la montaña. Bueno, es igual, lo que tienes que recordar aquí en Ault es por qué pediste entrar. Fue por los estudios, ¿verdad? No sé dónde estarías tú antes, pero Ault le da mil vueltas al instituto público de mi ciudad. En cuanto al politiquero, ¿qué se le va a hacer? Hay mucha pose, pero luego se queda todo en nada.

No sabía muy bien a qué se refería con eso de la pose. Me imaginaba a un montón de chicas puestas en fila, vestidas con un camisón blanco, muy estiradas y manteniendo en equilibrio unos libros de tapa dura sobre la cabeza.

Gates se miró el reloj, uno masculino de deporte con una correa de plástico negra.

—Oye —dijo—. Me tengo que ir. Tengo griego a segunda hora. ¿Qué clase tienes ahora?

—Álgebra. Pero me he dejado la cartera en historia antigua.

—Recógela cuando suene el timbre. No hace falta que hables con Van der Hoef. Ya arreglarás las cosas con ella más adelante, cuando se os haya pasado un poco a las dos.

Se puso en pie, y yo también. Echamos a andar hacia el edificio de las clases; parecía que no iba a volver a South Bend después de todo, al menos no aquel día. Pasamos por delante de la sala del pase de lista, que durante las clases hacía de sala de estudio. Me pregunté si alguno de los alumnos habría estado mirando por la ventana, viéndome hablar con Gates Medkowski.

Dede se dio cuenta por la noche, después de la recogida. Acababa de preparar la ropa para el día siguiente. Cada noche, la extendía sobre el suelo con la forma de una persona: primero los zapatos, luego los pantalones o una falda y medias, luego la camisa y,

para terminar, un jersey o una chaqueta por encima de la camisa. Nuestra habitación no era grande —aunque la compartíamos tres, decían que otros años había sido una doble—, pero Dede no dejaba que eso la afectara en nada. Nuestra compañera Sin-Jun Kim y yo teníamos que esquivar la ropa dando saltos, como si hubiera un cuerpo de verdad tendido sobre el suelo. Pero, como no nos habíamos quejado a comienzos de curso, ya no había forma de acabar con la rutina de Dede.

La noche en que Dede hizo el descubrimiento, nuestra habitación estaba en silencio; solo se oía su minicadena sonando a bajo volumen y el ruido que hacía al abrir y cerrar los cajones de la cómoda. Sin-Jun estaba leyendo en el escritorio y yo ya me había echado en la cama. Siempre me acostaba cuando me cansaba de estudiar (no se me ocurría qué otra cosa podía hacer) y me quedaba tumbada bajo las sábanas, de cara a la pared, con los ojos cerrados. Si venía alguien para ver a Dede, entraba hablando a volumen normal, pero, al verme, susurraba «Ay, lo siento» o «Uy», y yo tenía una extraña sensación de halago. A veces, imaginaba que estaba en mi cama de South Bend y que los ruidos de la residencia eran los de mi familia: la cadena que sonaba en el baño era mi hermano Joseph, y las risas del pasillo, mi madre hablando por teléfono con su hermana.

Desde que habláramos una semana antes, había pensado mucho en Gates Medkowski. Antes del pase de lista, me dedicaba a observarla y, algunas veces, me había mirado ella. Cuando nuestras miradas se encontraban, me sonreía o decía un «Hola, Lee»; luego, se daba la vuelta y yo solía ruborizarme, con la sensación de que me había pillado *in fraganti*. No es que estuviera deseando volver a hablar con ella, porque seguramente habría resultado forzado, pero sí quería saber más cosas de su vida. Justo cuando me estaba preguntando si Gates tendría novio, Dede gritó: «¡Pero bueno, ¿y esto?!».

Ni Sin-Jun ni yo dijimos nada.

—A ver, esta mañana había cuarenta dólares en el cajón de arriba y ahora no están —dijo Dede—. No los habréis cogido ninguna, ¿verdad?

—Claro que no. —Me di la vuelta—. ¿Te has mirado en los bolsillos?

—Estoy segura de que estaban en el cajón. Alguien me ha robado dinero. No me lo puedo creer.

—¿No en cajón? —dijo Sin-Jun. Ella era coreana y yo aún no tenía muy claro cuánto inglés comprendía exactamente. Como me pasaba a mí, Sin-Jun no tenía amigos y, al igual que a mí, Dede solía ignorarla. A veces íbamos juntas al refectorio, porque era preferible a hacerlo solas.

Aunque Dede se dejaba la piel intentando marcar distancias con Sin-Jun y conmigo (se marchaba antes que nosotras a la capilla o a las comidas), tampoco era precisamente popular. En mi instituto habría sido de la flor y nata, pero aquí, al parecer, no era ni lo bastante rica ni lo bastante guapa para ser popular de verdad. Incluso yo me daba cuenta de que, si comparabas a Dede con las chicas más guapas de Ault, su nariz era algo ancha, sus pantorrillas algo rechonchas y su pelo algo, en fin, marrón. Era una seguidora, literalmente: solía verla correteando detrás de dos o tres chicas. Se esforzaba tanto que me daba pena.

—Ya os he dicho que no están en el cajón —dijo Dede—. ¿No los habrás cogido prestados tú, verdad, Sin-Jun? En plan cogerlos para devolverlos luego. No pasa nada si lo has hecho. —Una observación francamente amable por parte de Dede.

Pero Sin-Jun sacudió la cabeza.

—No cojo prestado —dijo.

Dede resopló, indignada.

—Genial —dijo—. Hay una ladrona en la residencia.

—Igual alguien te ha cogido el dinero —dije yo—. Pregúntale a Aspeth.

Aspeth Montgomery era la chica a la que Dede seguía con más fervor. Vivía al final del pasillo y yo tenía la sensación de que para Dede había sido un golpe demoledor que la hubieran puesto a vivir con Sin-Jun y conmigo en lugar de con Aspeth.

—Aspeth nunca me cogería dinero sin pedirlo —dijo Dede—. Voy a tener que contarle a Madame lo que ha pasado.

Entonces fue cuando de verdad pensé que habían robado el

dinero o, al menos, cuando pensé que Dede lo creía. Al día siguiente, a la hora de la recogida, cuando terminó de decir nuestros nombres y de tacharlos en la lista de la residencia, Madame Broussard nos dijo:

—Siento enormemente tener que anunciarles que ha habido un robo.

La encargada de nuestra residencia y directora del departamento de francés, natural de París, lanzó una mirada por la habitación a través de sus gafas de ojos de gato, que o bien estaban pasadas de moda o bien eran lo último en estilo *vintage* (no tenía claro el qué). Tenía cuarenta y pocos y llevaba medias con costura, zapatos de tacón de piel sujetos al tobillo con una tira acabada en un botón forrado en piel, y faldas y blusas que le marcaban la pequeña cintura y el trasero no tan pequeño.

—No voy a decir cuánto dinero era ni a quién se lo han quitado —siguió diciendo—. Si saben algo sobre lo sucedido, les pido que den un paso al frente. Les recuerdo que robar es una infracción grave y que, en consecuencia, puede acarrear la expulsión.

—¿Cuánto ha sido? —preguntó Amy Dennaker. Amy era una alumna de tercero de voz ronca, pelo rojo y rizado y espaldas anchas, y me asustaba un poco. Solo había hablado con ella una vez: yo estaba en la sala común esperando para utilizar el teléfono público cuando entró ella, abrió el frigorífico y dijo: «¿De quién son esas galletas *light*?», yo dije: «No lo sé», Amy cogió una y se marchó escaleras arriba. Pensé que ella podría ser la ladrona.

—Lo relevante no es cuánto dinero ha sido —dijo Madame Broussard—. Solo les estoy informando de lo sucedido para que tomen precauciones.

—¿Como qué? ¿Que cerremos la puerta con llave? —dijo Amy, y la gente se echó a reír. Las puertas no tenían cerradura.

—Les recomiendo no guardar sumas importantes de dinero en su habitación —dijo Madame Broussard—. Con tener diez o quince dólares es suficiente. —Tenía razón, en Ault no hacía falta llevar efectivo. Había dinero por todo el colegio, pero solía ser invisible. A veces lo atisbabas en cosas brillantes, como el capó del Mercedes del director, la cúpula dorada del edificio de

las clases o el cabello liso y rubio de alguna chica. Pero nadie lo llevaba en la cartera. Cuando tenías que comprar un cuaderno o unos pantalones de chándal en la tienda del colegio, anotabas tu número de alumno en un formulario y la factura les llegaba luego a tus padres—. Si ven por la residencia a alguien que no conozcan —continuó—, avísenme. ¿Alguien quiere decir algo más?

Aspeth, la amiga de Dede, levantó la mano.

—Solo una cosa. ¿La que está dejando vello púbico en el lavabo del baño podría limpiarlo? Es asqueroso.

Aspeth decía lo mismo cada pocos días. Es cierto que solía haber unos pelitos cortos, negros y recios en uno de los lavabos, pero estaba claro que las quejas de Aspeth no servían de nada. Era como si solo lo hiciera para dejar claro que estaba rotundamente en contra del vello púbico.

—Perfecto, si no hay nada más —dijo Madame Broussard—, con esto termina la recogida.

Todas se levantaron de los sofás, de las sillas y del suelo para ir a darle la mano, un ritual al que a esas alturas ya me había acostumbrado.

—Si pusiéramos en marcha una patrulla, ¿nos financiaría el Comité de Actividades Estudiantiles? —preguntó Amy en voz alta.

—No lo sé —dijo Madame Broussard con desgana.

—No se preocupe —dijo Amy—. Seríamos patrulleras pacíficas.

Ya había visto a Amy en acción antes (solía imitar a Madame Broussard llevándose la mano al pecho y gritando algo así como «*Zut alors!* ¡Alguien se ha sentado en mi cruasán!»), pero su capacidad para bromear siempre me sorprendía.

En la capilla, el director y el capellán nos hablaban de civismo, de integridad y del precio que teníamos que pagar por los privilegios de los que disfrutábamos. En Ault, no solo no debíamos ser malos o inmorales, sino tampoco por supuesto mediocres, y robar estaba por debajo de lo mediocre. Era algo indecoroso y carente de finura, que mostraba el deseo de tener lo que todavía no tenías.